Conocí a muchas mujeres deshabilitadas de la generación de mi madre. En el centro de sus avatares brillaba a menudo, como un hermoso diamante negro, la palabra dolor. En cierto sentido, algunas de aquellas mujeres anestesiadas, expatriadas de sus propios cuerpos, cargaban con sus vidas sacrificadas con el mismo orgullo con que se exhibe un valioso trofeo.

Protagonicé, con mi generación de mujeres libres, una nueva página de la condición femenina, en la Transición española. Vivimos la pulverización de los usos franquistas, la disolución paulatina de la opresión del pecado, la normalidad del acceso a los estudios superiores, la llegada de la píldora y el divorcio, el camino hacia la igualdad, la realización profesional, la autonomía económica, la libertad sexual, antes de la escalada del SIDA. Disfrutamos, como decía Neruda, de la alegría de bastarnos a nosotros mismos. Escapábamos del peso de lo sacrificial, enfrentándonos a las paradojas de unos goces que no nos estaban del todo permitidos, pero que se abrían paso en nuestra conciencia.

Si es cierto que las sociedades más desarrolladas tienden a una mayor psicologización de los seres, si tras las ideologías del bienestar subyace, junto con evidentes intereses particulares, el intento de desembarazarse de tanto oscurantismo y de tanto dolor inútil en el pasado, si el erotismo se ha desvinculado, en cierto modo, del sentido trágico constatado por Bataille, para impregnar cualquier acontecimiento y cualquier proyecto, si ya no es la dialéctica sino el éxtasis lo que priva (Baudrillard), si los jóvenes del siglo XVI han aprendido desde niños a manejar las palabras que nombran el cuerpo y sus sensaciones, donde sus abuelas se abismaban en el pecado, si ni la pareja-a-cualquier-precio ni la maternidad-doliente son los únicos destinos de las mujeres, no dejaremos de percibir la creciente tendencia femenina a buscar tanto la habitación propia (el espacio simbólico de intimidad) como la propia satisfacción en todas las esferas de la vida.

El impacto de los nuevos mandamientos de la realización personal, los reajustes de la esfera íntima y la pulverización de las grandes teorías son acontecimientos que han desconcertado de igual modo a los hombres y a las mujeres del primer mundo. Sin embargo, este desconcierto no ha instaurado en la población femenina un proceso de retraimiento y desconfianza ante el futuro, más bien al contrario.

Son precisamente las mujeres, vinculadas inmemorialmente a lo sacrificial y a la culpabilizarían, quienes han tomado un impulso inédito para abolir viejos estereotipos limitadores, liquidar las formas de instituciones aniquiladoras y

transformar sus relaciones con los hombres, el trabajo, el saber, el amor, el sexo, la maternidad o el cuerpo.

Una mirada más lúcida sobre sí mismas, la readaptación humorística de las estrategias de reducción, los cambios en la organización de la relaciones interpersonales, el acceso a los estudios superiores, la flexibilidad de los vínculos familiares, la prolongación de la juventud, la independencia económica y la legitimación del goce sexual vienen configurando un nuevo espíritu, que nada tiene que ver con los pasados esfuerzos heroicos para arrancar al sistema pequeñas parcelas de autonomía.

No parece fácil arrebatar a las jóvenes que han crecido en la cultura del narcisismo su tendencia al bienestar, a la higiene, su adicción a los milagros de la autoayuda, sus deseos de libertad corporal, su devaluación del sufrimiento, su desmitificación del matrimonio como única meta, su búsqueda de realización laboral y su interés en encontrarse a sí mismas, tanto en la esfera social como en la afectiva: Las uniones desgraciadas hace tiempo que dejaron de ser la cárcel de las mujeres en los países desarrollados. Se acabaron los amores-para-siempre acompañados de abusos emocionales, las opciones inmutables, las puertas cerradas, ocultando relaciones violentas e indisolubles. Las rupturas contemporáneas son los efectos de las transformaciones que se vienen dando en la vida de la pareja. La autoafirmación femenina excluye la aceptación de la degradación de las relaciones amorosas en unos tiempos en los que la sumisión ha quedado obsoleta.

No se quiera confundir el carnal desparpajo histérico de las contraportadas sexuales para los reality shows pseudoeróticos, la promiscuidad embrutecida y artificial de figuras femeninas en lo mediático, las imágenes hiper-sexualizadas de las mujeres-objeto de la publicidad (fenómenos promovidos desde el mercadeo mediático), con la evolución de las lógicas de seducción en las sociedades igualitarias, tendentes a una mayor libertad, madurez y exigencia de placer y a nuevos equilibrios de fuerzas en las relaciones afectivas.

Ventura, Lourdes, *La mujer placer.*

1.- ¿Qué significa el nuevo hedonismo femenino?

2.- El modelo patriarcal, vigente durante milenios, se ha roto en pedazos, ¿Está surgiendo un nuevo modelo de masculinidad?

3.- Los demógrafos deducen de la estadísticas que los divorcios van en aumento. ¿por qué?

4.- ¿La relación entre hombres y mujeres se ha convertido en un juego de enredos entre los viejos ideales y las nuevas formas de vida en común?

5.- Realiza la valoración crítica del texto.